

se suceden unos á otros; ó no hay en ella mas que lo presente, sin pasado ni futuro? Si lo primero, ¿cómo puede haber sucesion de instantes en lo que no ha tenido primer instante? Y si lo segundo, ¿cómo puede haber continuacion de duracion donde ni hay duracion pasada ni futura? Confesad que por todas partes estamos rodeados de abismos. Dejad pues de combatir nuestros misterios porque halleis en ellos cosas incomprensibles y contrariedades aparentes que encontrais igualmente en todas las opiniones; y si quereis proceder con juicio, limitaos á examinar y averiguar el mero hecho de la revelacion de estos misterios. Es ciertamente una credulidad pueril creer sin pruebas; pero querer comprenderlo todo es mas propio de un entendimiento débil que de una razon vigorosa. „El último paso de la razon, ha dicho Pascal (1), es conocer que hay una infinidad de cosas superiores á ella, y muy débil „debe ser si no lo conoce así.” Paso ahora á la utilidad de los misterios cristianos con relacion á la moral.

Todo lo que inspira altas ideas de la divinidad, de aquella justicia cuyo temor mantiene

[1] *Pensées*, cap. V, n. 1.

en el deber, de aquella bondad cuya memoria consuela y reanima la flaqueza, todo lo que ilustra al hombre sobre su origen y su destino, le humilla sin desalentarle, y le eleva sin engreirle; y por último, todo lo que es capaz de curarle de sus vicios y de inspirarle esfuerzos generosos, se dirige indudablemente á hacer al hombre mejor y mas virtuoso; y por lo tanto se refiere á la moral, que consiste mas en la práctica del bien, que en secas y estériles teorías: ¿y no son estas las preciosas ventajas que producen los misterios del cristianismo? Examinemos algunos de ellos, y esto nos bastará para dar á conocer sus saludables efectos.

Es ciertamente un gran misterio el de esa culpa original y hereditaria que ha corrompido al género humano en su origen, y le ha despojado de su nobleza primitiva. No es esta la ocasion de desenvolver todos los racionios y comparaciones que nos suministra la teología, no para disipar enteramente las tinieblas impenetrables que cubren este misterio, sino para facilitar en cierto modo su creencia; pero ved de qué modo la revelacion positiva de este misterio ilustra al hombre sobre su destino y sobre las contradicciones de su naturaleza. Murmura la razon y se escandaliza de ver en el hom-

bre esa mezcla de pasiones bajas y de deseos celestiales, de amor á la virtud y de propension violenta hácia el vicio, la sujecion del espíritu al imperio de los sentidos, y los desórdenes y males que son su consecuencia inevitable. Considerado así el hombre, es un enigma inconcebible á sí mismo. ¿Quién nos le descifrará? Decir que no hay Dios, y que en este mundo todo sucede por acaso, no es respuesta sino frenesí; y ántes que precipitarse en tan espantoso abismo, debería creerse que habia en esto alguna verdad oculta, que por su profundidad se esconde á nuestra débil inteligencia. Pero ved como la religion viene en socorro de la razon desordenada, revelándonos claramente lo que algunos sabios de la antigüedad pagana parecian haber sospechado, y se conservó confusamente en la tradicion de todos los pueblos; lo que figuró la fábula en Prometeo, robando el fuego del cielo, y atrayendo sobre la tierra por este robo sacrilego las plagas que le desolaban; y en fin lo que los poetas han cantado bajo del nombre de la *edad de oro* y la *edad de hierro*. La religion nos enseña que el hombre no salió de las manos del Criador tal como hoy es, y que en el orden actual de cosas ya no es sino un ser degradado, un rey destronado, pero que

conserva todavia en su misma desgracia rasgos de su primitiva grandeza. No se supone al hombre en todo grande y bueno contra el conocimiento de su flaqueza y corrupcion; semejante opinion le embriagara y llenaria de una necia altivez y amor de sí mismo; haciéndole á lo sumo un estoico ó un sabio altanero: tampoco le convierte en un ser terreno enteramente vil y despreciable, contra el sentimiento que él mismo tiene de su nobleza y dignidad: opinion que, humillándole demasiado, podria arrojarle al epicureismo y á los mas groseros deleites. La doctrina cristiana sigue un medio entre estos dos extremos: nos muestra en el hombre la imagen de Dios desfigurada, pero no borrada: le enseña á desconfiar de sí mismo sin destruir las sublimes ideas, que á pesar de eso debe tener de su ser; y he aquí como de entre las sombras mas misteriosas salen grandes rayos de luz acerca de la naturaleza del hombre y del actual orden de cosas.

Es tambien un grande misterio el de un Dios que se ha dignado unirse á nuestra naturaleza; pero ved cuán admirablemente hace resaltar los atributos divinos y la dignidad de nuestra alma ¡Cuán temible es aquella justicia que solo quiso aplacarse por los ruegos del hombre

Dios! ¡Cuán enorme la malicia del pecado que ha necesitado de semejante víctima para ser expiado! ¡Pero cuán inefable al mismo tiempo la bondad que se ha dignado humillarse hasta este punto, y cuánta no debe ser la dignidad de nuestras almas rescatadas á tan alto precio! ¡Ah! ¡qué capaces deben ser todos estos pensamientos de inflamar nuestro reconocimiento hácia la Divinidad, y de penetrarnos de horror al pecado que la ofende al mismo tiempo que nos degrada!

Es un grande misterio el de la Eucaristía, tal como le profesaba el mundo entero ántes del siglo XVI, y tal como le profesaba aun el grande número de comuniones cristianas esparcidas por la tierra; pero advertid como en el gremio de la Iglesia se convierte en un manantial inagotable de aguas saludables que esparcen la vida y la fecundidad. La primera participacion de este divino misterio forma para los fieles una época preciosa, la cual ya esperándola, ya acordándose de ella, ocupa en cierto modo toda su vida. Sí, la admision á la mesa sagrada se presenta desde léjos á la infancia como el mas glorioso y el mas tierno de todos los favores. ¡Qué estímulo mas poderoso para hacerla conservar su inocencia ó para recobrarla, para

mostrarse mas dócil, mas sumisa, mas modesta y mas abstraída de todo cuanto pueda empañar la virtud? Es un divino banquete del que solo se participa con una conducta pura y costumbres irreprehensibles, y por medio de victorias conseguidas sobre sí mismo. ¡Cuántos cristianos entre nosotros habrán debido á la sagrada Eucaristía la práctica de las cosas mas santas y perfectas que contiene su religion! ¡cuántas pasiones vencidas, cuántas ofensas perdonadas, cuántas ocasiones evitadas, cuántos pobres socorridos, cuántos movimientos ó impulsos de ira sofocados; en una palabra, cuántos actos heroicos de virtud habrá inspirado y sostenido el deseo de hacerse ménos indigno de participar de lo que la religion llama *los santos, los tremendos misterios!*

No son los misterios del cristianismo como los que se llamaban *misterios* entre los paganos. No señores, no son dogmas extravagantes y ceremonias impuras, mas propias para sofocar que para inspirar la virtud. Jesucristo es en la religion cristiana el centro en que todo termina, es la luz del mundo por su doctrina, el Salvador de los hombres por su muerte, y ademas su modelo por sus virtudes. Los misterios del nacimiento, de la vida, pasion y muerte de

Jesucristo no son mas que su misma moral practicada, y forman una serie de cuadros en que brillan virtudes á un mismo tiempo sublimes y populares. Ser modesto hasta la humildad, apacible hasta perdonar los ultrajes, caritativo hasta amar á sus enemigos, resignado en los males de la vida hasta el punto de no quejarse, casto hasta condenar el pensamiento detenido, fiel á Dios hasta morir por su ley: estas son virtudes cristianas. ¡Y quién no conoce la fuerza y autoridad que adquieren los preceptos de Jesucristo con su ejemplo, mandando solo lo que él mismo ha practicado, siendo humilde, apacible y caritativo hasta el punto de padecer por nosotros y morir perdonando á su verdugos?

Invoco, señores, aquí un testimonio irrecusable, el de la experiencia. Si recorremos los fastos de la Iglesia cristiana, hallaremos sin duda en ellos bastantes vicios y desórdenes; pero tambien encontraremos en ellos en todos tiempos, en todos los pueblos y en todas las clases, cristianos que han honrado su fe con las virtudes mas puras, mas heroicas y casi siempre las mas útiles para sus semejantes. ¡Y no es incontestable que sus virtudes han tenido principalmente su origen en esos misterios que se miran con desden? Si señores, si pudiéramos pregun-

tar á tantos santos pastores y á tantos obreros apostólicos consumidos á fuerza de fatigas y trabajos por evangelizar á los pueblos y salvarlos del vicio ó de la ignorancia, nos responderian que debieron su fortaleza á los ejemplos y á las promesas de Jesucristo, sacrificado por la salvacion de los hombres. Preguntad á esas hijas de Vicente de Paul, y á otras muchas animadas de la misma caridad; preguntadles quién les inspira tanta ternura para con los pobres, para con los afligidos y todos los que padecen en la tierra, y os dirán que su caridad se enciende en la de Jesucristo para con nosotros; que tienen siempre á la vista á Jesucristo, el amigo, el padre de los indigentes y de los desgraciados, y que creen servirle á él mismo sirviendo á los pobres, que son sus hijos adoptivos. Amar á Dios, amar á los hombres; en esto se encierra toda la ley y toda la moral evangelica; ¡y qué cosa hay mas a propósito para inspirar y alimentar este doble amor que la fe en un Dios que nos ha amado hasta hacerse sensible revistiéndose de nuestra humanidad? Así es como Dios ha amado al mundo, exclamaba el Apóstol de la caridad: *Sic Deus dilexit mundum* (1), palabras que han resonado en todo el

[1] Joan. III. 16.

universo, y que han producido tantas y tan heroicas virtudes cuales jamas pudieron ni podrán producir las mas sublimes teorías de la filosofía sobre el Ser supremo.

En vista de estas reflexiones, ya no me admiro de que la Iglesia cristiana sea tan celosa en conservar el depósito de la doctrina en toda su integridad, y que repela cualquiera novedad profana que pudiera vulnerarla en lo mas mínimo. Todo en ella se enlaza, y todo se encadena, y temed que todo el edificio se desplome si le quitais una sola piedra. El misterio del Verbo encarnado supone el de la Trinidad, el de la redencion supone el del pecado original, y los misterios de la gracia estan enlazados con los de la redencion. A una culpa de malicia infinita se sigue un reparador de un mérito infinito; y un remunerador de una magnificencia infinita supone un vengador de una justicia infinita; todo esto se enlaza y se sostiene mutuamente; cuando todo es revelado, todo debe ser respetado. Seamos cautos, señores. Si al entendimiento humano se le deja correr libremente en punto á los misterios, muy pronto se le verá propasarse con audacia á los preceptos de la ley, y tampoco la moral será mas respetada que los dogmas: si el entendimiento quiere cercenar del

Evangelio los misterios que le humillan, el corazon querrá igualmente cercenar los preceptos que espantan su flaqueza. Desde que se ha sutalizado tanto sobre los dogmas, se han conmovido los cimientos de la moral. El Sociniano no ha creído en la Trinidad; despues el deísta no ha creído en Jesucristo. En seguida vino el ateo que no creía en Dios, y por último han aparecido falsos sabios que han hecho un problema del vicio y de la virtud intentando justificar hasta las torpezas y monstruosidades de las costumbres paganas. Traspasados una vez por el hombre los límites puestos por la mano del mismo Dios, ya nada le contiene, corre exhalado sin direccion alguna, y se pierde sin remedio en el camino del vicio y del error.

Desechemos esa máxima tan extendida y tan acreditada en nuestros dias, de que el dogma nada importa, que lo principal es la moral, que en ella debemos pensar únicamente sin hacer caso del dogma; ¡trastorno inaudito, segun el cual seria preciso levantar el edificio ántes de asentar el cimiento! ¿Y qué dogmas quieren que despreciemos? Los dogmas de un Dios, de una providencia, ó de una vida futura, son puntos de creencia con los cuales están enlazadas todas las ideas de órden y de justicia en la tier-

ra, y ya en un discurso particular hemos establecido que estas sagradas verdades son la base de la moral así como de la sociedad. ¿Querán que abandonemos la enseñanza de los logmas propios del cristianismo? Tanto valdria decir que era necesario dejásemos de ser cristianos, y que pasásemos de la escuela de Jesucristo á la de Platon. ¡Cómo! ¿No será necesario hablar á los pueblos de Jesucristo, fundador divino de su religion? ¿Quién no ve el enlace que los misterios de Jesucristo hombre Dios tienen con los demas misterios? No puede ya admitirse la idea de que estos misterios no tienen relacion con las reglas de las costumbres, pues hemos hecho ver cuánto apoyo dan á la moral, y cuán persuasiva la hacen.

Pero se pregunta tambien si deben enseñarse estos misterios á los niños. ¿A qué viene, dicen, cargar su entendimiento con un peso que los agobia inútilmente, y que no puede hacer mas que fatigar su cerebro, y perjudicar al desarrollo de sus facultades? Es preciso, señores, no ver en semejante lenguaje mas que una falsa piedad y temores hipócritas. Es cierto que los niños no reciben mas que ideas vagas sobre los misterios, y que se confían mas á su memoria que á su discernimiento: pero una vez reci-

bidas estas nociones, se desarrollan con los años; é impresas en sus almas desde la edad mas tierna, jamas llegan á borrarse. Así fueron educados nuestros padres en los tiempos pasados, así lo fueron Descartes, Pascal y Bossuet. Sí, estos grandes hombres empezaron, valiéndome de la expresion vulgar, aprendiendo el catecismo, y esto no les ha impedido ser ingenios creadores cada uno en su género, y llegar á ser las antorchas del mundo: del mismo modo hemos sido educados la mayor parte de nosotros, y yo no advierto que semejante método haya alterado en nada nuestra salud ni nuestra inteligencia. Creed sobre este particular, señores, no los vanos discursos de los teóricos ociosos, sino la experiencia personal de aquellos á quienes por su profesion no es desconocida la educacion cristiana de la primera edad. No tememos deciros que con un poco de arte y de paciencia se puede muy bien aficionar á los niños á instruirse en las mas sublimes verdades. La parte misteriosa de la religion se halla mezclada en nuestros evangelios con hechos maravillosos, con parábolas interesantes, con rasgos de humanidad, con máximas de una moral pura y con imágenes graciosas ó terribles, á propósito para interesar á todas las eda-

des: ¿y quién ignora que nosotros nacemos con una vivísima inclinacion á las cosas extraordinarias, ocultas y misteriosas, y que excitan mas nuestra curiosidad por lo mismo que están envueltas entre celages? Entreténgase á la niñez presentándole á Jesus nacido en un pesebre, alabado con cánticos por los ángeles, visitado por los pastores de los montes inmediatos, creciendo á la vista de sus padres, y siempre obediente á ellos, saliendo de su retiro para evangelizar á los pueblos, y aliviar á los desgraciados, bendiciendo á los niños. llorando en el sepulcro de Lázaro, y por la ingrata Jerusalem, subiendo al calvario cargado con el madero en que iba á ser crucificado, dando su vida por sus enemigos, saliendo en seguida glorioso del sepulcro, y elevandose en triunfo á los cielos. ¿No es todo esto á propósito para cautivar la imaginacion y el corazon, y para grabarse fácilmente en la memoria? En fin, señores, apelo á vosotros mismos: cuando muy jóvenes todavía se os obligaba á dedicaros al estudio de la lengua de Virgilio y de Homero, y á repetir sobre las reglas del language lecciones doctas expresadas en términos científicos y aun algo bárbaros: ¿erais entónces capaces de aplicarles ideas bien distintas y exactas, y tan claras co-

mo las que habeis formado en una edad mas avanzada? No ciertamente; pero sin embargo las conserva vuestro entendimiento, y las entendiais de un modo suficiente para poder hacer de ellas aplicaciones inciertas al principio, mas seguras despues, y por último útiles en todo tiempo. Pues bien, señores, lo mismo sucede con los principios elementales del cristianismo que se enseñan á los niños.

Entre los detractores del cristianismo hay algunos que no quisieran se hablase nunca de los misterios: hay otros que han soñado una moral sin religion; y alguno vendrá, ó mas bien ha venido ya, que nos enseñe que un niño no debería oír pronunciar el nombre de Dios, hasta que su razon estuviese ya formada; extravagancia enorme, que en cierto tiempo fué preciso admirar como un rasgo de ingenio para no pasar por un fanático.

Dejemos, señores, á la falsa sabiduría todas sus locas teorías y luces engañosas, y no creamos extraviarnos siguiendo el camino iluminado por la antorcha de la experiencia de los siglos. Sí, la doctrina del cristianismo todo entero con sus misterios y sus preceptos, será siempre el fundamento de una educacion cristiana: siendo particularmente de los misterios de la vi-

da y muerte de Jesucristo, de donde es preciso sacar las mas tiernas lecciones de virtud. Si, señores, el pesebre y el calvario serán siempre mas elocuentes y mas persuasivos, sobre todo para el pueblo, que los mas pomposos discursos; y el ministro del Evangelio con la cruz en la mano será siempre mas capaz de consolar á los afligidos, de aplacar los odios, de volver la paz á las familias, de inspirar la humanidad á los ricos, é introducir los remordimientos ó la esperanza en el corazon del pecador, que el filósofo con toda la pompa de sus máximas. Sabios del siglo, vosotros no veis en esto sino fanatismo, y creéis poseer solos vosotros los tesoros de la sabiduría: enhorabuena; pero dejadnos á nosotros este fanatismo que consuela á los hombres y los hace mejores; y conservad para vosotros vuestra sabiduría, eficaz para destruir, y nula para edificar, tan insuficiente para el bien como poderosa para el mal: limitada á vosotros mismos vuestras doctrinas desoladoras, y dejadnos trabajar en paz para hacer reflorcer en el seno de la patria la fe de nuestros padres con las virtudes que ella inspira. Nosotros amamos ese supuesto fanatismo, esta doctrina santa que ha formado tanta multitud de padres virtuosos, tantos esposos fieles, tantos

hijos dóciles, magistrados íntegros, sabios modestos, ricos generosos, pobres resignados, tantos guerreros tan humanos como valientes, y tantas familias llenas de concordia y de felicidad; nosotros estamos desengañados de esa supuesta sabiduría, de esas doctrinas erróneas que quitando á los pueblos el temor y el amor á la divinidad, atraen sobre ellos á un tiempo todos los vicios y todas las calamidades. ¡No era ya bastante profunda la herida hecha á las costumbres, para que vosotros la hicierais mayor y trataseis de hacerla incurable! Si no quereis auxiliar nuestros esfuerzos con los vuestros, os suplicamos guardéis silencio á lo ménos: no seais impíos mas que para vosotros; y llevad á bien que por vuestro propio interes, por el de vuestros hijos, por la seguridad de vuestros bienes y de vuestras personas procuremos hacer revivir el fuego sagrado de la religion y de las virtudes que ella prescribe. ¡Y vosotros, señores, vosotros principalmente, ó jóvenes franceses, esperanza de la patria! aprended á hablar con ménos ligereza de nuestros misterios, que tal vez conoceis muy poco por la calamidad de los tiempos; temed blasfemar lo que deberiais venerar; no os avergonceis de santificar vuestros labios con el nombre de aquel ante quien



todo se humilla en el mundo, y sea la sabiduría de vuestros discursos el feliz presagio de la de vuestras acciones. Los destinos de la Francia están en vuestras manos y en la de vuestros compañeros de edad: si sois irreligiosos, ejerceréis en el pueblo una influencia funesta, y esparciréis por todas partes semillas de destruccion y de muerte; y si cristianos sinceros, atraeréis con vuestros ejemplos y con vuestros discursos el pueblo extraviado á esta religion, única que puede asegurar su felicidad. Otros os convidarán al estudio de las letras y de las artes, al de los secretos de la naturaleza ó de la política, á las especulaciones del comercio y á la gloria de las armas: yo estoy muy distante de distraeros de esas diferentes carreras que se os presentan; pero quiero al mismo tiempo convidaros á desempeñar un destino mas elevado: os llamo á ser por vuestros principios religiosos los restauradores de las costumbres públicas y los salvadores de la patria.

## LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU MORAL.

UN código de moral igualmente sencillo que puro, lleno de máximas luminosas, sin mezcla alguna de errores funestos, y que trazando á todos el camino del deber, abra á los corazones generosos la carrera de una perfeccion sin límites; un código que se adapte á todos los climas y á todos los gobiernos, y que en la universalidad de sus preceptos comprenda á todo el género humano, desde el pueblo errante bajo de tiendas, hasta el que ha llegado á lo sumo de la civilizacion, desde las clases mas oscuras hasta las mas elevadas; un código que consagre y perfeccione todas las virtudes domésticas y civiles, purifique todos los afectos legítimos, é impida sus excesos de modo que la amistad no degenera en débil condescendencia, el va-